

LA CASA DE LA DEMENCIA,

Ó LOS POLÍTICOS LOCOS.



Una de estas noches, en que la tenacidad de la lluvia me hizo estar encerrado en casa, me dediqué á registrar una multitud de papeles públicos, donde hallé un buen repuesto de injurias á la Inquisicion, opresion y tirania: encontré proposiciones impugnadas por unos, y defendidas con ardor por otros, y en ellos ví que todos se llaman *liberales*, todos *religiosos*, profiriendo muchos de estos, que usurpan tan santo nombre, expresiones las mas escandalosas, y gran parte de aquellos vertiendo el mas refinado *servilismo*. Tan varia lectura no pudo ménos que producir en mi cabeza el tropel mas confuso de ideas contrarias y opuestas todas entre sí.

Cansado y confundido me recojí dentro de mí mismo, dando así lugar á la reflexion, y rumiando las especies esparcidas en tanta multitud y variedad de escritos, para formar despues un juicio prudente de ellos; pero hete aquí que la fatiga, el silencio, la soledad, y el apasible susurro de las aguas introducen en mis sen-

2
tidos un entorpecimiento agradable, y el sueño me roba aquellos instantes dedicados á la meditacion.

Ya comienzo á soñar; pero ¡que sueño!.. Yo, *el mismo Don Antonio de siempre*, que jamás aparecí lustroso en público, solo conocido de un corto puñado de hombres, y que jamás me pasó por las mientes hacer papel brillante en el mundo: yo, yo mismo, en un caballo vistosamente enjaezado, y vestido de gala con gavan rojo, adornado de cinta blanca me veo de atabalero en el mas lucido pendon. ¡O encantos extraordinarios del sueño! Mi imaginacion me representó á mi mismo tan al vivo, que en aquel acto hubiera jurado que yo era el que hacia consonancia con sus templados atabales á la sonora música que precedia al suntuoso paseo que ya describo.

Tras de nosotros los músicos venia la mejor nobleza de la ciudad en caballos ricamente adornados, á que hacian compañía cuatro ó seis lacayos, (y hay opiniones que la mayor parte de estos eran de alquiler) segun la clase del sujeto á quien servian: tras de estos venian los regidores con igual equipaje, y mas atrás la Audiencia con trages negros y golilla, y sus caballos con solo el modesto adorno de unos albardones de terciopelo negro. Presidia esta procesion un personaje que yo no conocia, trayendo un magnífico estandarte de damasco carmesí, en cuyo centro estaba bordado con primor de fina plata un *libro*, que despedia rayos de luz,

y tenia escritas de purísimo oro en sus ojas estas palabras: *Constitucion de la Monarquia Española.*

Acaso la proximidad de la fiesta de San Hipólito me hizo soñar este nuevo paseo con relacion al pendon antiguo con que en tal día se celebraba la toma de Méjico por Cortés; mas sea lo que fuere, lo cierto es que llegamos á la Iglesia de PP. Politanos, donde nos recibieron con bastante cumplimiento, y mientras los personages ecuestres mas condecorados entraron á la Iglesia para asistir á la clásica funcion, nos fuimos nosotros á la casa de locos; (diversion antes bastante concurrida) pero cual fué mi sorpresa no viendo la casa antigua, sino otra bastante nueva, cuya asombrosa extension dejaba burlados los ojos mas linceos: multitud de anchurosos patios, galerías sin límites, é infinitos locos: una concurrencia numerosa apenas dejaba campo para ver las locuras de aquellos infelices; mas á codazos y empujones separaba yo á quien me estorbaba, y así logré ver mucho, aunque no todo. A la entrada del primer patio se leía un rotulon de letras grandes sobre la puerta principal que decía: LOCOS SERVILES, y en uno de los ángulos estaba agolpada la gente queriendo entrar por una puerta, adonde yo me encaminé, y logrando introducirme adentro observé cosas admirables.

Era un salon entapizado todo de damasco amarillo, y adornado de venerables retratos, que por su altura no pude leer de quienes eran,

pero habia cardenales, duques, arzobispos, capitanes generales, obispos, inquisidores, vireyes, clérigos, frailes, y empleados de todas clases con distintos uniformes, y yo facilmente me persuadi que serian *los héroes del servilismo*, pues correspondia aquella sala al departamento de *locos serviles*. En el centro habia una mesa sobre tres gradas, una silla poltrona, y al lado derecho una grande percha que se estendia de extremo á extremo donde estaban colgados innumerables vestidos de diferentes hechuras, colores, y adornos, con gran cantidad de máscaras, con lo que yo creia que aquellos locos jugaban á carnabal en los ratos ociosos. Ya me daba yo por satisfecho de tanto ver, aunque hechaba ménos á los locos, que hasta aquella hora no se habian presentado, cuando empieza á levantarse dentro de la sala un sordo murmullo, que creciendo á cada instante paró en griteria y bullicio: me paró sobre las puntas de los pies, y alzando la cabeza cuanto pude me previne para algun espectáculo interesante. En efecto, por una puerta inmediata á la mesa fueron saliendo muchos locos de dos en dos, todos cruzados de brazos y bajos los ojos, dividiendose en dos ileras que ocuparon todo el largo de aquella grandísima sala, y tras ellos venia el mas venerable, que despues de haber hecho al público una reverencia, se sentó en la silla que habia junto de la mesa, en donde pusieron una campanilla. Con dos campanadas impuso silencio aquel presidente, y habló, segun me acuerdo en estos términos:

„ Fieles súbditos míos: llegó el fatál tiempo
 „ de la perversidad, y el Averno ha bomitado
 „ la libertad, esa furiosa hidra, que intenta aca-
 „ bar con nuestro imperio; ¿y dormiremos no-
 „ sotros, teniendo á nuestras puertas tan hor-
 „ roroso enemigo? No, mis queridos; ya es
 „ tiempo de emprender nuestra defensa: aban-
 „ donad el ocio, revestios de valor, y pelead
 „ imperterritos hasta conseguir la victoria; pe-
 „ ro no creais que las armas os saquen de ta-
 „ maño conflicto; solo el *ardid*, solo la *astu-*
 „ *cia* os labrarán el lauro que debe ornar vues-
 „ tras sienes: romped vuestras vestiduras, y aco-
 „ modaos esos trajes que teneis á la vista, sin
 „ olvidar las máscaras: salid por esas plazas:
 „ convertid esas ciudades: llenad el mundo de
 „ zizaña, y volved á recojer los frutos de tan
 „ ardua mision, logrando en premio los al-
 „ tos puestos, los sublimes honores de que os
 „ despojan hoy la recta razon, y política li-
 „ bertad.“

Así habló el presidente, y volviendo á
 sonar la campanilla, cada loco arrojó sus ves-
 tidos, y tomando de aquellos de la percha el
 que mejor acomodó á cada uno, fueron á be-
 sar la mano, y á recibir las tiernas bendi-
 ciones del orador presidente, quien con lá-
 grimas se despedia de sus carisimos hijos. Se
 metió el Padre Maestro por la puerta por don-
 de habia salido, y aquellos infatigables minis-
 tros del despotismo allí mismo comenzaron sus

misiones. Eran dignos de verse unos que se vistieron de obispos, como allí empezaron á echar bendiciones al pueblo, y nos querian persuadir la obediencia á la Constitucion, porque lo mandaba el Rey, declamando contra las funestas consecuencias de la libertad de imprenta: otros vestidos de religiosos impugnaban á cara descubierta esta libertad civil, fulminando anatemas contra *el amante de la Constitucion*, y contra *el pan y toros*, arguyendo de heréticos los escritos puramente políticos: otros con trajes de militares á la antigua persuadian al pueblo á una ciega obediencia al Rey, afirmando que la Constitucion le defraudaba su autoridad: otros vestidos de profetas anunciaban la vuelta de la Inquisicion y amenazaban con el potro, y la hoguera á los que se declarasen sus enemigos: otros vestidos de gefes gritaban que no se podia observar la Constitucion *por las circunstancias*: otros con ropajes de filósofos probaban con silogismos en *bábara*, que la soberanía de los reyes dimanaba inmediata, y únicamente de Dios, y que es el mayor absurdo afirmar que reside esencialmente en la nacion: finalmente era tal la gritería, tal el bullicio, y las risadas de los espectadores, que no habria mas confusion en Babilonia. Lo mas gracioso del caso es, que á mí mismo que los habia visto enmascararse me queria persuadir uno de ellos á prescindir de mi modo de pensar, prometiendo imbuirme en breves instantes en su sana moral; yo no pu-

diendo contener la risa le repetia en alta voz
aquel distico de Marcial:

*Decipies, alics rervis, vultúque benigno;
Nam mihi jam notus dissimulator eris.*

Y viendo que seguia su instancia se lo repetia
en castellano para que lo entendiesen todos,

Puede ser que engañes á otros
con tan hipócrita cara;
pero á mi no me la pegas,
que ya te conozco, maula.

Y No habiera prescindido de su intento,
si yo apartado un poco de él no atendiera á
un leguleyo, que demostraba la indispensable
necesidad de *sucumbir á la imperiosa ley de la
fuerza.*

Pero no debía ser aquel el teatro de sus
misiones: el departamento de los locos libera-
les era el blanco de sus tiros, el objeto de sus
deseos, y el lugar de sus predicaciones, por lo
que poco á poco empezamos á salir, segun lo
permitia la numerosa concurrencia, epcaminan-
donos á un callejon que daba entrada á otro
espacioso patio, sobre cuya puerta se leia: **LO-
COS LIBERALES.**

Logramos despues de mucho trabajo, y
á fuerza de empellones entrar en él, y allí sí,
que se ofrecian á la vista los mas graciosos es-
pectáculos.

En el portal de la derecha que veía al poniente, estaban unos cuantos de ellos con el noble empeño de llenar de agua una tinaja, que parecía criba por sus muchos ahujeros: uno era el *irónico*, y hay opiniones fundadas que otro era el autor de *Don Antonio*: y á pesar de que ya cansados rendían el aliento, sin conseguir por eso ver cumplidos sus deseos, estaban tan contentos que parecía habían tapado ya algunos de los muchos ahujeros de su tinaja. Al ver yo tan ridículo proyecto me dejé decir en voz alta: éste es puntualmente el castigo que las hijas de Danao tienen en el infierno: á lo que me contestó un loco que estaba cerca de mí: „amigo, entiende V. poco de esto, esa tinaja es la Constitución, los ahujeros son las infracciones que se hacen de sus artículos, y esos liberales han proyectado hacer que se tapen los huecos con el agua de sus escritos.“ Lindo proyecto, dije yo entre dientes, y temiendo encolerizar á este loco maestro, me escabullí; y adelante estaba otro en ademán de *pensativo* observando á unos muñecos de camelote que bailaban sobre una pieza que parecía patena, próxima á una multitud de culebras de bronce, que con sus dientes casi tocaban á unos discos de cristal, y allí decían que todos estos títeres se llaman *máquina eléctrica*. Es imposible pintar la admiración y silencio, con que admiraban los muchachos, y yo entre ellos, aquellos instrumentos, que apellidaban májicos, lo que todos creían, viendo

que allí hacian cabriolas hasta los mismos inquisidores. Ni parpaleaba yo por no perder de vista cosas tan admirables, cuando hete aquí que suena una campanilla, y una ronca voz, que hizo estremecer á todos los circunstantes: *misiones, misiones*, decian las gentes, y sobre la alcantarilla que estaba junto á la fuente que mediaba el patio, se aparece el *fernandino Constitucional*, entonando el *acto de contrición*, ó por mejor decir, dando principio á las misiones de los serviles. Allá corrió toda la gente, y las viejas lloraban, y se cacheteaban aun antes de haber oido al predicador, que dió principio con esta cantinela que pronunció en tono espantoso:

Cuando en el infierno estés

ardiendo como tizon,

allí te dirán los diablos

¿no querias Constitucion?

A estas voces los loqueros, que no eran frailes, sino otros locos medio mañosos, bajaron al pobre misionero de la alcantarilla á *cuartazos* y *coscorrones*, porque decian, que estaba furioso: y fué tanta la zorra, que le qui-

taron la máscara al tal fernandino, quien por librarse de los azotes se vió precisado á retractarse de cuanto habia dicho, como lo hizo en efecto, y no faltó quien lo defendiese de sus compañeros, que fué premiado con *un caramelo agridulce*, que le regaló un liberal.

Desde el medio del patio se oían las voces de otros, que empeñados en una acalorada disputa ya no se entendían ni ellos mismos. Allí estaba uno cuya cara horrible dicen que es retrato vivo de Caifás, y en su frente tenia esta marca: *F. R.* Fué el primero que impugnó *el amante de la Constitución*; pero estaba tan aturdido con los argumentos contrarios, que no hablaba una palabra, y dejaba á sus padrinos lo mas peligroso del ataque. Un liberal intrépido lebanta la voz de *Constitución ó muerte*, y sus tiros ya anuncian la victoria; sigue la lucha con desmayo de los serviles, y un *refuerzo* que vino á tiempo dió el laurel del vencimiento á los liberales, cuyos *vivas* resonaron hasta las estrellas. Cerca de este lugar estaba la tienda del *Mtrô. Homobono el amolador*; mas ¿quien podrá describir tantas cosas, y tan admirables?

Despues que anduve mirando mucho, que no se halla escrito, se aparece el loquero mayor, que decían era el escritor mas loco del mundo, gritando *la vapulacion mas cruel á escritores miserables*. A su vista son imponderables la risa y mofa que le hacían los otros; pero él despreciando tan vil proceder repetía

magestuoso: *non ego ventose plebis suffragia venor*, y á estas palabras era mayor la burla y el escarnio. Le habria ido mal si no hubiese mudado de conversacion; pero sonó las manos, diciendo en voz alta: *refectorio, refectorio*, y aplacado un tanto el motin, todos nos dirigimos al comedor que era un salon inmenso, donde se veian unas largas mesas, sin manteles, ni otras prevenciones. Se sentaron los locos, y observé que en las mesas de la derecha se acomodaron los liberales; y los serviles á la izquierda en señal de réprobos. Todos ellos aguardaban un magnifico banquete; pero ¡cual fué su admiracion al ver que el único platillo que se les servia era de *chanfaina caldosa para los serviles*, y *seguita para los liberales!* Aquí si que fué troya. Un intrépido liberal se levanta de la mesa, y diciendo: *con las plumas y la espada se destruye la maldad*, desenvaina la tremenda, y comienza el ataque mas sangriento que vieron los mortales: llovian las pedradas, y se obscureció la atmosfera preñada de multitud de platos, y negra chanfaina, que volaba sobre nuestras cabezas. Un puñado de ésta me tapó un ojo, y con el golpe, y el temor de otros mayores, desperté del sueño mas divertido y extraño que he tenido en los dias de mi vida.

¡O! El mundo es una casa de locos, y lo que á unos gusta á otros enfada. ¡Pobre nacion la que da cavida á opiniones políticas contrarias entre sí, porque su fin es el mismo que el del soñado refectorio de los locos! Adoptado el

sistéma de gobierno que pareció conveniente, los que le sean contrarios deben separarse muy lejos, para conservar la paz, compañera de la felicidad nacional.



Méjico: 1820. Oficina de D. Alejandro Valdés.

12
22
LOS POLÍTICOS LOCOS.

SUEÑO SEGUNDO.



Reflexionaba yo sobre el refectorio de los locos, en que pretendí la sangrienta batalla entre liberales y serviles, y en la que me tocaron algunos golpes de chanfaina; cuando un hedor penetrante de lana quemada me hizo sacudir mis miembros soñolentos, por buscar la causa, temiendo un incendio; me paro, y veo tan cerca de mí el origen del mal, que por poco alboroto la casa con descompasados gritos, pidiendo favor y auxilio, al ver arder mi esclabina, con la que estaba yo tapado en el sueño anterior, y en la que introdujo el fuego un cigarro encendido que tenia en la mano al dormirme; pero me contube al palpar la lebedad del daño, por la facilidad del remedio. La arrojé al suelo, y con los pies, logré cortar el estrago, aunque el ahujero que se hizo en ella bastante visible, por ser blanca, será un monumento indeleble de aquella funesta noche, y una marca que por todas partes dé á conocer al soñador de locuras, á pesar de los que quieren apropiarse sus producciones.

Libre del susto, ya no pensaba en escritores, bien fuesen locos ó cuerdos; sino solamente en dar trazas para remendar mi esclabina, cuyo remedio consideraba lejos por hallarme escaso de monedas; mas los benignos Dioses, compadecidos de mi triste situacion, determinaron poner fin á mis males, embiandome al efecto al hijo de la noche y hermano de la muerte, acompañado de su ministro Morfeo. Se presentan á mi vista, y en el mismo instante ciñendo á mis sienes una guirnalda de adormideras y veleño; lánguidos segunda vez mis miembros, y torpes mis sentidos, me vuelvo á entregar irresistiblemente al sueño.

Pero ¿cual fué mi sorpresa al hallarme otra vez en la misma casa de locos que antes! Yo, me decia á mí mismo; nó, ya no me he de engañar, la primera vez que vi esta casa soñaba, y ahora sin duda tambien estoy soñando; mas tentandome los ojos, que sentia abiertos, y dando algunos pasos adelante, casi me determinaba á creer que estaba despierto, cuando un gran bullicio me anuncia que salen del refectorio los locos, aunque sin dar ya señales de la pasada contienda. En efecto, me uno á ellos, y no puedo menos que admirar el infatigable celo de los misioneros serviles: ellos, aunque ya roncós de tanto grito, no por eso dejaban de clamar, y clamar en el desierto, por el poco fruto que recojian de sus predicaciones: ellos aseguraban, que al fin lograrían propagar por todo el mundo su doctrina, á pesar de verse perseguidos y burlados de los liberales; y ellos en fin, á boca llena apellidaban á estos *Jacobinos*, *francmasones*, y decian de ellos, no se cuantas otras cosas dignas todas de sus labios. Uno al acabar su sermón con la cuarteta de estilo, sonó su campanilla, y comenzó con voz lastimera, á exortar á sus oyentes para que contribuyesen con sus limosnas á formar una estatua del martir del servilismo; el *Fernandino Constitucional*, que habia muerto por los *cuartazos* y *coscorrones* de la mañana. No faltó del concurso quien hechase algunas cuartillas en la alcancia, que para el efecto traia prevenida el orador. Yo ví á una beata muy gorda, cuya robustez disimulaba las sendas disciplinas con que mortificaba sus carnes, que entre suspiros y sollozos sacó del santo hábito una molleja de gamuza negra, depósito de algunos cobres, y al dar un octavo al misionero, toda bañada en lágrimas exclamó: "Santo mio, dignate por quien eres colocarme á tu lado en el Paraíso, y cuanto antes hazlo, para no ver ya mas á estos herejes constitucionales, que están corrompiendo el mundo con su doctrina liberal: amen." y persignandose devota por evitar las tentaciones, se procuró separar de la concurrencia.

Bien se hecha de ver que la puerta del refectorio estaba en el patio de los *locos liberales*, pues á poca distancia de ella se colocó un *Indio*, que se llamaba *Constitucional* vestido con el antiguo y vistoso traje de los na-

3.
 turales de Méjico. Este, dirigiendo la palabra á los suyos, despues de recordarles la miseria y abatimiento á que estubieron condenados por tres siglos, se congratulaba con ellos, y entre los transportes de su gozo, *mudasteis de fortuna*, les decia: *sois libres: murió el despotismo*, y vuestras virtudes cívicas serán premiadas qual merecen. Mas cauto era sin duda otro, que con el mismo traje estaba mas allá, cuyo caracter era *la sensibilidad*, aun tambien se decia *Constitucional*. Este, desconñado por lo que sucedió antaño con la Constitucion, convidaba á todos los habitantes de América, para que unidos, *no dejasen ir por segunda vez de sus manos la ventura*; y aunque eran tan distintos los fines de ambos, no pudo menos que causar celos con su nombre al primero, que sin duda pensaba ser el único indio constitucional del mundo, y encomienda á su ayuda de cámara Y. R. G. que forme su apologia impugnando al otro. En efecto, armado de una bula Pontificia, y con el título de *Amigo de los Indios*, defiende á su amo de lo que jamas le habian impugnado, y acaba su discurso, dirigiendo la palabra al otro indio, á quien llamaba usurpador por haberse llamado *indio*, y *constitucional*, y aseguraba bajo su palabra de honor, que hay una ley que prohíbe el tener iguales ideas. Aquí sí, que no pudieron contener la risa los espectadores, tanto, que por el bullicio ya apenas se percibieron sus últimas palabras, en que hablaba de la octava, que sí ser suya, habia recitado el *Indio sensible*, ó el *segundo Constitucional*. Ella á la verdad, no era tan despreciable, por lo que fué listima que el apologista no la hubiese analizado, manifestando de esa manera sus adelantos en escramo de literatura. Acabó, y viendo su amo que el otro indio no hacia caso de estas impugnaciones, pronunció un segundo discurso, que no mereció los mismos aplausos del primero, porque á pesar de que tenia su mérito, fué inferior al que habia dicho antes: el asunto que se ha propuesto es digno de seguirse, por lo que le suplicaban todos los concurrentes no abandonasa lo empezado. En esto estabamos, quando oimos sonar las campanas, pero de modo tan extraño, que nadie atinaba si era repique, doble, vacante, queda, ó estacion, y al mismo tiempo, se percibian unas descompasa-

4.
das voces venidas del campanario, contra aquel que en la mañana estaba pensativo, diciendo la máquina eléctrica. Inmediatamente corrió la noticia de que un loco servil se había apoderado del Campanario, y era la causa de aquella algarabía. Desde este instante perdieron el respeto al tal *Pensador*, y le comenzaron á gritar tales picardías, que se tapaban los oídos, los que los tenían castos: le rompieron su *Conductor eléctrico*, y perseguido por todas partes, se refugió al campanario donde estaba su competidor, y apoderándose de las campanas, hechó un *repique bruco*, con el que llamó la atención, y en seguida dió una *rociada* á sus enemigos, de la que no salió muy contento uno que se decía *Chirrión*.

Mas adelante estaba una barbería, y su patron tenia discretísimas conversaciones con su marchante, y era tal su entusiasmo, que muchas veces se le iba la mano lastimándole los carrillos. Cerca de la puerta se hallaba otro loco liberal, que tirando la montera, exclamó con vigor: *Es amarga la verdad; pero es forzoso decirla*, y pronunciando un valiente discurso contra el fanatismo, tenia embelesados á sus oyentes. Aun no acababa, cuando pasó por allí un personaje servil, seguido de muchos criados que le hacian paso entre la muchedumbre; y estando ya inmediato á nuestro liberal, interrumpió éste su oración y le hizo una profunda reverencia. No pudo menos de sorprenderme semejante procedimiento en un hombre tan valeroso y arrojado, sucediendo lo mismo á otro de la concurrencia que le dijo: Señor mío, ¿que significan esas sumisiones? Y el loco dando un profundísimo suspiro respondió: *Que manos besan hombres, que quisieran ver quemadas*. Seguía éste hablando sobre la materia, cuando se nos aparece otro vestido de clérigo, y todos nos admiramos, conociendo que era el mismísimo ayuda de cámara del *Indio Constitucional*, que mudando de vestidos, trala una comision interesante: ¡bella transformacion! Luego que se presentó á nuestra vista supimos, que corriendo la fama de lo bien que desempeñó la defensa de su amo, le vinieron los despachos de *abogado de pobres*, y á pesar de que el Clero no tenia grandes esperanzas en tal patrono, pues sabe bien que

muchas causas justísimas se han perdido, por hallarse en manos de un mal defensor; él venia muy cargado de razon contra el *duende de los Cafés*, y segun me dijo un lógico que estaba á mi lado, despues de haber concedido las premias al duende, le negó la consecucencia, influyendo el silogismo; pero sea como fuere, él concluyó su defensa asegurando: *que el hecho de pretender ser Diputado en Cortes, solo probaria, tal vez, afecto á la Constitucion, y amor á la provincia por quien querian representar.* Muy bien, muy bien, Señor Bachiller, dijeron á una voz los oyentes, que antes estaban creidos de que los pretendientes de esta clase de destinos, son por lo comun los menos dignos de ocuparlos, y no faltó quien añadió que fundado en los mismos principios del impugnador del duende, si alguno deseara representar en Cortes, repartiendo algunas monedas para llevarse á su favor la votacion, no haria mas que manifestar su patriotismo, liberalidad, *afecto á la Constitucion, y amor á la provincia por quien queria representar.*

Muy atentos escuchabamos estas máximas; pero nos interrumpió una horrible vocería que exitó al principio nuestra curiosidad, y despues nos llenó de miedo. Todos gritaban, todos corrían; y unos á otros nos estorbábamos, impidiendo la grande concurrencia ver el origen del daño y el modo de evitarlo. *Ay va la fiera*, decían unos; otros añadian, *¡Jesus, que lo despedaza!* Una *toa lleba en la cola*, gritaba alguno por otro lado: aquel se encomendaba á Dios, éste aseguraba que habia empezado el incendio; gritos, sollozos, y lamentos; confusion, confusion solamente reynaba en aquella casa, y todos con los semblantes pálidos y elada la sangre, aguardábamos el último instante de nuestra vida, cuando apaciguándose un tanto la gritería, se oyó una voz que dijo: *ya se fué*, y libres entonces del peligro, mutuamente nos dábamos el parabien, sucediendo á los ayes un general palmotéo, y manifestando cada uno en sus voces y acciones, la alegría que se apoderó de su corazon en aquel momento. Pero ¿cual seria la causa de aquel alboroto? Unos decían que un tigre, otros que un león, algunos que un globo de fuego bajaba del cielo, y finalmente muchos, que una *zorra con el rabo ar-*

dientes. Para informarme del suceso, me encaminé ácia aquel lugar por donde empezó el rumor, y llegué á él, aunque con trabajo, por la multitud de gente: allí supe que un loco liberal había soltado una zorra, en cuya cola tenía atada una encendida tea para que abrazase á los serviles, entre quienes, según me dijeron, causó mucho estrago. El que la soltó se paseaba satisfecho en un corto lugar, y de cuando en cuando se volvía á nosotros diciendo: "no hay cuidado, amigos: ahora empezamos, y han de ser trescientos". Que las aguarde quien quiera, dije yo entre mí, y procuraba separarme para salir de aquella casa, cuando dos loqueros robustos y de mal talante, de los que uno era *el Delator de una horrible conspiración*, haciéndose campo llegaron á nosotros y pillan á Sanson, que estaba descuidado. Hizo este alguna resistencia al principio; pero después, quizá por reverencia al hábito que vestían los loqueros, se entregó á discreción: todos lo seguimos, y por el camino repetía, á gritos: "temblad serviles, que ya se aproxima el día fatal: redoblad por último vuestros furores, que así precipitais vuestra ruina, y entonces

Audiet cives acuisse ferrum

Quo graves Persæ mellis perirent;

Audiet pugnas, ultio parentum

Rara, juventus. ()*

Yo, que no entiendo la palabra latina me habría quedado en ayunas, si no hubiese logrado tener cerca de mí un bachiller que picaba de poeta, y dijo que aquello quería decir:

Alguna vez la juventud, escasa

Por culpa de los padres, oirá atenta

Que empuñó el ciudadano el duro fierro

(*) *Horat. Carm. lib. 1. Od. 2.*

En la mas desastroza civil guerra:

El duro fierro, que mejor sería

Emplear en destruccion del grave *Persa*. (*)

Punto menos que si fuesen latin se me hicieron oscuros estos versos; pero así llegamos divertidos, despues de pasar por un callejon, á un patio de menos amplitud que los otros, y á cuya entrada se leia: *LOCOS FURIOSOS, LIBERALES Y SERVILES*. Bajo de los portales se veian muchas puertas, y á su inmediacion un boquete, tronera, ó ahujero por donde entraban la comida á los encerrados. En una de aquellas jaulas metieron á Sanson, y en la mas inmediata estaba un grupo de gente oyendo al pájaro de dentro. Este se llamaba *el doliente principal en las exequias de la inquisicion*, y yo mas bien le llamaria *plañidera*, pues su amargo llanto y dolorosos gemidos herian sin cesar los oidos de cuantos lo escuchaban: la angustia era su pan cotidiano, y las lágrimas habían ya formado surcos en sus mejillas. Sus ayes eran interrumpidos á veces con trístimas endechas, que si no su asunto, la destemplada voz con que las entonaba, y el eco lúgubre de las bóvedas de la jaula hacian enternecer los corazones mas duros. Entre las muchas que le hoy, solo me acuerdo de las siguientes, y de que al fin de cada una interrumpian su canto profundísimos suspiros, que servian de intermedio:

Yo aquel que en otro tiempo

Fuí por mis altas prendas

De todos venerado,

Hoy solo soy llamado *Fraí á secas*.

¿Y por quien? ¡Ay de mí! Por el mas impío de

(*) Con este nombre son conocidos los Diputados que firmaron la representacion contra el sábio código, y en este sentido se puede aplicar á todos los serviles.

los escritores, por el jacobino *Liberato Anti-servillo*, que según opiniones, es el amolador *Hamobono*, ¿y esto sufro? ¿Que motivos le di para tanto desprecio? Ninguno, pues

Jamas comimos juntos
 en mesones, ni fondas:
 ni en tabernas bebimos
 dulce licor en una misma copa.

Pero ya sé la causa: mi afecto á Inquisición le movió á disparar contra mí el rayo furioso de su ira: sea en buena hora, y no por eso vario de opinión: lluevan sobre mí sus anatemas. Y tú, alma bienaventurada del santísimo tribunal, recibe estas endechas, parto de mi dolor en tu caída:

Tribunal santo y recto,
 Tribunal venerable,
 Tu los infamatorios
 Libelos castigabas como nadie.
 ¿Y cuando á tí te infaman,

Faltará una alma grande
 Que tu defensa emprenda?

Eso no: que yo vivo, y soy tu amante.

Así cantaba aquel loco; pero no puedo menos que admirar, que aun entre aquellos miserables no faltan corazones sensibles. que tomen parte en los cuidados de los otros. Así es, que á la puerta de la jaula estaba *Hamobono*, ó bien un amigo de *Liberato*, procurando conformar al doliente en su desgracia, enseñándole sufrimiento que es virtud muy cristiana: y repitiendo algunas verdades, concluía con este estribillo: *sufra V. pues, padre mio, que esto no es mas que intinuar.*

9.

En la jaula inmediata estaba encerrado *Leopardo*, que escribió de Cayo-puto, al canoero *Moderato* creyendo ser el mismo *Liberato Anti-servilio*, de quien hemos hablado; pero como su manía era de igual clase á la de Fr. Bartolo, pasó adelante por no oír los mismos sarcasmos.

En la siguiente, se hallaba otro no menos rematado que los anteriores, y segun allí decian, lo trajeron desde Querétaro. Este afirmaba que á imitacion de Telémaco, habia bajado á los infiernos, donde se encontró con la Constitución de la Monarquía Española, y por eso la llamaba *infernal* ponía á los pobres americanos de vuelta y media, asegurando haber mandado á la Corte algunos ejemplares de de sus escritos, por los que aguardaba una mitra. ¡Lástima que haya acabado sus dias la Inquisicion, que las tenia hermesisimas, aunque con el nombre de Corozast! Por defuera estaba un *bachiller* de vitrete con calzones de bragueta, chupin y chaqueta larga llamado, *Cándido Alesna*, que metía por el boquete una bara larga con punta de fierro, dando con ella sendos piquetes á su contrario, que al sentir el consejo bramaba como leon. No faltó un compasivo, (que se decia, *Vindicador del padre Gutierrez*), que interpusiese sus respetos con el bachiller, exortandolo á ser mas moderado; pero el tal Alesna no le hizo aprecio, y siguió en su tarea.

En la jaula de mas allá, era tal la gritería, y el bullicio, que no habria mas confusion en Babilonia. Estaba en ella *el Liberal*, dirijiendo la palabra á los *bajos escritores*. En buenas manos está el pandero, (dicia yo entre mi), y no me engañaba, pues apenas corrió la voz de que á ellos hablaba el liberal, cuando de tropel se agolpan sobre la puerta para sacarlo y hacerlo pedazos; pero frustrados sus intentos, se contentaban con multiplicar denuestos y maldiciones, pidiendo justicia á los cielos contra aquel desaforado. Unos alegaban derecho de preferencia por haber salido de su jaula á desoras á combatir con su enemigo: otros fundaban su mérito en luchar estando enfermos: quien decia, habia dado principio al ataque *á las dos de la mañana*: quien, que *á las once de la noche, rodeado de enfermedades y ocupaciones*: y finalmente era tal la vocería de aquellos *bajos escritores*, que si pensase en responderles, no

tendría por donde comenzar, siendo tantos, que solo á gritos y sombrerazos son capaces de acabar con él.

No menor alboroto causó otro, que estaba mas adelante, que aunque no lo vimos por estar, como los anteriores, dentro de la jaula; pero varios de los espectadores afirmaban, que lo conocieron de cuerdo, dando tales señas de él, que solo consideradas nos hicieron reir á caquino suelto. Dizque es un chaparro, tripon, de mas de media edad, sus ojos encendidos, y la sangre que parece brotarle por los poros de la cara, son suficiente indicio del mucho vino, que ha bebido en esta vida, aunque otros aseguran, que estos colores los debe á la grana de Oaxaca: á pesar de que tiene las narices muy largas, no por eso huele mucho, pues son muy carnosas, y las gruesas costras de rapé siempre pegadas á ellas, han embotado las fibras, órganos del olfato. Su vestido ridículo no desdecía de las bellas proporciones de su cuerpo. Casacon á la antigua, calzones de pretina, chupin, y zapatos de la cucaracha con evillas guarnecidas de piedras: su peinado de tupé, pantominas y bucles, daban cierto aire de dignidad á su blanco cabello, y un sombrero de tres picos corona la extraordinaria figura. ¿Y quien es este, ó que ha hecho? Preguntaba yo: á lo que me contestó un *naticioso*, que es *M.* autor del suplemento al núm. 741. Malo dije entre dientes: este está endemoniado mas bien que loco; y á este tiempo comenzó á dar voces desde dentro, llamando *injusta é impolítica* á la sábia Constitucion, por haber declarado la igualdad de derechos entre los españoles americanos y europeos: decía que los primeros son *ineptos para ocupar los destinos de su pais*: que el gobierno antiguo fué *justisimo*, y..... pero ¿para que referir sus infinitos desatinos? Baste solo saber, que daba saltos en su jaula, y corria de un extremo á otro, pidiendo cuchillos, por que *debiamos acabar matandonos con ferocidad unos á otros, pues ya se hallaba entre nosotros la anarquía.*

Combatian por fuera sus errores varios, entre los que mas se distinguian un filósofo con *sus reflexiones interesantes*, un religioso constitucional, que desde aquella fecha enmudeció, un defensor de los americanos, y otro que con

mucho juicio, dió á luz una *Incitativa*, en que pone de aso al furioso.

Ya aturrido con tanta multitud de objetos, solo deseaba yo salirme de aquella casa; pero la grande concurrencia, y el poco conocimiento de aquellos lugares me impedían cumplir mi deseo. Divisé una puerta que conducia á otro patio, y pensando ser la misma, por donde habia entrado, me acerqué á ella; pero ¡cual fué mi admiracion al encontrar un *centinela*, que á unos dejaba pasar, y á otros no! Alcé los ojos, y vi sobre la puerta escrito: *Locos imparciales*. Estos son los peores sin duda, le dije á mi capote, y viendo que en aquel patio no habia tanta gente determiné entrar, por ver si allí se facilitaba mas mi salida. Me llegué al *centinela*, quien me preguntó ¿qué era yo? A lo que contesté: y V. que me lo pregunta, quién es? Yo soy el de *Noche-bca*, me respondió, y nadie puede entrar aquí si no es imparcial. ¡Oh! pues yo soy, le dije, y entonces me dejó pasar. Poco despues que yo entré, abandonó su puesto, y formó un *juicio imparcial* sobre las cosas del dia muy digno de su cabeza. ¡Que halajas habia en el patio! El *centinela*, el *Teologo imparcial*, y toda la runfla de poetas, pues aunque por lo comun, son los mas parciales del mundo, con todo, ellos se predicán imparciales, y fueron colocados en aquel departamento, por ser el menos concurrido, y buscar ellos la soledad. Habria estado muy divertido entre aquellos locos alegres, si la cercanía de la noche, y el cansancio, no me hubiesen impelido á busear la salida. Al frente de la puerta por donde entré, estaba otra á la que me encaminé por salir, y con grande gusto mio, vi que era el departamento de los *LOCOS SERVILES*, que es el mas próximo á la calle; pero todo mi gozo se convirtió en pesar y susto, al oír las funestas voces que allí corrían. Es el caso, que viendo el presidente de los serviles el poco fruto de las misiones, espidió un *convocatorio* á todos sus ministros que se hallaban esparcidos en los demas departamentos. Al punto se reunieron todos en aquella misma sala donde se habian enmascarado, y se celebró un *concilio* para determinar cuales debían ser sus procedimientos ulteriores. Despues de *largas discusiones*, se acordó unanimemente hacer á cata

descubierta la guerra á los liberales. Dejaron las máscaras, y armados de pistolas, cuchillos, sables, mojaras, y de cuantas armas se pueden conducir bajo la capa, y en las bolsas; salieron resueltos á acabar los liberales. Como en la concurrencia se sabian de positivo tan funestas noticias, todos andaban pálidos, corriendo sin saber donde, y colocándose algunos en los puestos elevados para ver sin riesgo la refriega: todo anunciaba un próximo rompimiento; y yo, naturalmente tímido y cobarde, no hallaba un lugar bastante seguro donde esconderme, cuando hete aquí, que llegando á mí un corpulento servil, me toma del cogote, y preguntandome á qué partido pertenecía, saca con la mano derecha un relumbroso puñal, á cuya vista, elada mi sangre, atravesado un nudo en mi garganta, y entorpecida la lengua, no podia responder al filisteo, con las pocas fuerzas que me quedaban luchaba por salir de entre sus garras, y á mis esfuerzos, rodé del sofá en que estaba yo acostado, dando con mis costillas en el suelo. El golpe fué furioso, y al dolor, desperté del sueño mas terrible que jamas he tenido.

¿Y esto solo será sueño? ¡Triste América!... ¡Infeliz patria mial tú naciste para ser esclava, y tus hijos seguirán forzosamente tu suerte desgraciada. Mientras no se fije la opinion, mientras haya partidos entre tus habitantes, y mientras sus intereses sean opuestos, cada instante que pasa, es un escalon que te conduce al humbral de la guerra mas desastrosa. Aun es tiempo de conjurar tan funesta nube: unámonos todos, españoles europeos y americanos, y entonces ¿á quien temeremos? Seremos invencibles, y la abundancia deramará sobre nosotros su rica cornucopia.

J. M. R. H.

MEJICO: 1820.

Oficina de D. Alejandro Valdez, calle de Santo Domingo.